

RAMÓN QUILSADA

Recuerdos de Montalvo



RAMON QUESADA

Recuerdos de Montalvo

EL SALVADOR - C. A.



SONSONATE
TIFOGRAFIA "EL ALBA"

1921



A Juan Ramón Uriarte.

En Bruselas

Estas anotaciones escritas al margen de algunas páginas de los *Siete Tratados*, se las dedico a Ud. con todo mi corazón, porque usted, como yo, gusta de hundir el pensamiento en la sabiduría de los grandes hombres, y porque sé que todo esfuerzo generoso le es amable.

Llevan también estas hojas publicadas en honor suyo, la urgente finalidad de contribuir a que la juventud estudiosa, haciendo a un lado esa literatura malsana que inunda los modernos mercados del habla castellana, fije la mente en las obras maestras y abrevé en ellas. Quiera Dios que yo consiga ese objeto; mas si no puedo lograrlo, ya sé que usted ha de leer con cariño; y eso basta.

RAMÓN QUESADA

Al Margen del Tratado de La Belleza

La belleza humana no puede tener un molde clásico. Es tal como cada uno la concibe y la siente. No es absoluta porque no es igual su poder emotivo en todos los hombres ni en todas las mujeres. Es, ante todo, la resultante de una emoción cuyos elementos psíquicos han sido seleccionados por los sentidos, y sus caracteres de expresión se manifiestan de distinta manera en cada individuo o en cada situación del espíritu.

Por ejemplo: la alegría y la tristeza son más o menos intensas según el estado de ánimo previo al momento de experimentarlas.

Si una desgracia nos sobreviene después de que la esperamos con la certeza de que ha de llegar, nos encontrará preparados para soportarla, y no será tan fuerte su evidencia como si la recibimos de sorpresa—esto es—sin sospecharla.

Dicen que Tavernier cayó muerto cuando, después de haber estado en una misma postura durante cuarenta años, en un calabozo de la Bastilla, se le notificó la orden de libertad.

Cristalizando el asunto, una mujer será bella para unos; para otros no. Esto depende del modo de recibir la emoción exterior, de cada cual; y de esa suerte, lo que es deslumbrador para éstos, es indiferente para aquellos.

En consecuencia, la belleza tiene que ser relativa, y relativo su poder emocional.

No podemos decir todos los hombres que una tal mujer es bella, o que no lo es, porque en cada uno hará impresión distinta.

Un negro tendrá siempre su ideal de belleza en la negra más horrible que veríamos nosotros; un chino en una china y un zambo en una zamba.

Los casos que se registran en los anales policíacos de las grandes capitales, sobre

violaciones y raptos de mujeres blancas por negros, son casos de sadismo que se desarrollan igualmente de hombres blancos a mujeres negras. Lo que ocurre es que, en el primer caso, la sociedad ofendida lincha al negro; en el segundo, no hay ni falta contra la honestidad, porque la civilización ha demostrado, con razones elocuentes, que el negro no tiene derechos.

He pensado muchas veces en esto, y cada vez me causa más espanto.

Cómo nos quedaríamos aquí si tal doctrina privase entre nosotros!

Cuantos negros estarían, a estas horas, bien ahorcados, por negros y por picaros!

En un pasaje de Voltaire he leído que para el sapo no hay mujer más linda que la sapa; pero no llevemos dicha hembra del sapo al nido de un ruiseñor, porque éste no se holgaría con ella así le desplumasen vivo. Y en un capítulo de José María Carretero se define la cuestión de modo brillante, cuando

el autor presenta a dos hermanas iguales en hermosura y dice que parecían haber sido hechas en un mismo modelo, por dos artistas de carácter diferente, y que cada uno imprimió el suyo en su obra respectiva.

Si tratásemos de la belleza en general, no todos la veríamos a través de un solo prisma. Los alemanes, que tienen entre sus divinos monumentos, la catedral de Colonia, no habrían destruido la de Reims si la emoción de lo bello fuera una en todo el universo. Porque no hay razón política que justifique ese destrozo irreparable. La que se ve de bulto es la de estética, y para ellos, aquella obra, única entre las maravillas del arte gótico, no pasaba de ser un mamarracho. Nosotros, más románticos, lloraremos siempre ante ese doloroso montón de ruinas.....

Véase, pues, cómo el sentido de la belleza es diverso en cada mundo y en cada ser viviente.

Al Margen del Tratado de La Nobleza

Política, no es corromper; política, no es amotinar; política no es urdir maquiavélicos planes de venganza en la sombra.

Los ciudadanos de un país que no tengan bien cristalizada la idea de política, deben huir de improvisarla. Perseguir el latrocinio y la holganza para caer en ellos, esa no es la política. Alcanzar la hegemonía de las actividades de una nación, para obligar al contrario en principios y en tendencias a abandonar el campo, esa no es la política.

Política supone engrandecimiento. Engrandecimiento en los corazones y en los pueblos. Engrandecimiento en la instrucción, en la hacienda, en la justicia, en la agricultura, en el comercio, en el ejército.

Política es formar hombres capaces de dirigir y aptos para obrar, logrando en esa

forma el fin único que debe tener por miraje todo pueblo; su resurgimiento moral, su salvación intelectual, su nivelación cultural con los demás pueblos que sobresalen en la humanidad.

Política es honrar al mérito; tributar el aplauso justiciero no al histrión, sino al artista; no al necio, sino al sabio; no al gaudul, sino al virtuoso.

Encauzar los órdenes sociales por la única senda posible a su perfección—esto es—por la verdad. Política, es dar a cada uno lo suyo; hacer cumplido honor a la capacidad de los hombres; aquilatar los valores individuales para que sirvan de exponente al valor total de la nación.

Política es decoro en la vida pública; es claridad de criterio entre pueblos y hombres; es amplio concepto del derecho y elevada visión de la justicia.

Los pueblos más cultos de la tierra, la Suiza, Los Estados Unidos de América, pa-

ra no citar sino los ejemplares, son aquellos cuyos ciudadanos tienen todos y cada uno, el exacto conocimiento de sus deberes y derechos. Ampliando ese criterio para hacerlo extensivo a las naciones, constituiría, a mi juicio, la base fundamental de la política, alta región en donde flotan, como oriflamas, la grandeza, el honor y la lealtad de los pueblos.

Lógico es suponer que, para su desarrollo, ha menester grandeza, lealtad y honor. Estrechando el concepto se puede afirmar rotundamente que los hombres, gobernantes y gobernados, que engañan y mienten para que se les mire como águilas, podrán serlo todo, pero no políticos.

Al Margen de “El Buscapié”

Un libro maravilloso que, si bien es cierto, no traspasó el dintel donde la gloria ciñe la frente de sus elegidos, no porque la frente de Montalvo tuviera que enderezarse para arriba a fin de ponerse al alcance de esa unción, sino porque la época en que se alzó este enorme panfletario fue, de suyo, obscura y como tal agresiva y hostil a los encumbramientos propios de aquel cerebro exquisito, realizó el milagro, que el autor se propuso, de imitar lo inimitable.

En las fulguraciones omnipotentes del Arte humano, en éstas con que el hombre suele llamar a la mansión de Dios, surge impecable del lienzo la incomparable sonrisa de la Monna Lisa, que sorprendió Leonardo de Vinci en un ensueño de amor. Y el lienzo pasa victorioso de generación

en generación, cautivador y único, porque sólo hay una sonrisa y sólo hay unas manos como las de la Gioconda.

Tal parece como si el libro de Montalvo fuera único, y así lo sería si el Quijote no hubiera sido antes escrito por Miguel de Cervantes Saavedra. Pero Juan Montalvo sorprendió el vuelo del genio y voló a la par. Bien puede decirse que, el Caballero de la Triste Figura, abandonó las estepas de la Mancha, para recorrer, erguido siempre y siempre listo a defender los fueros de la virtud y la hidalguía, las campiñas de América, propicias a ennoblecer, aun más, su encantadora demencia.

No se crea, pues, que el epigrafe cuási humilde de don Juan Montalvo al escribir su BUSCAPIE, sirve, en realidad, como amparo a su osadía. Quienquiera que siga en esas páginas al autor ecuatoriano, se sentirá en el acto subyugado por la fantasía del genio, y no comprenderá ni admitirá que

Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes, puedan ser un besamanos servil, ni mucho menos un agravio inferido a la memoria bendita de Cervantes.

Montalvo fue todopoderoso en los torneos de la palabra. Ningún americano manejó el habla cervantina con más pureza ni dulzura que él.

Causa en el espíritu una indefinible sensación de bienestar la lectura de sus libros, y entran las frases por los ojos como entra la inmensidad cuando desde una montaña muy alta se mira el horizonte.

Siempre que he leído las CATILINARIAS he recordado a Víctor Hugo. El maestro escribió, con un haz de centellas en la mano, *La historia de un crimen*. Jamás fué infligido un castigo más cruel a Napoleón III. Ni el desastre de Sedán, ni la prisión de Wilhemshöhe; ni el aniquilamiento de su imperio, fueron más amargos para el César destronado, que esta inmensa vorági-

ne que abrió a sus pies el dios Hugo. Y así Montalvo, como el cantor de Guernessey, se encumbra y se dilata hasta llenar el mundo, y su pluma inflige a Veintemilla un castigo semejante al de Luis Napoleón.

No sé sino de Víctor Hugo que algún otro escritor contemporáneo de la talla de Montalvo, en las lides del pensamiento, haya unido la acción a la frase candente e inspirada. El periodista, el orador y el poeta, cerebros ante todo, conciben y dirigen. No se lanzan al fragor de la batalla, porque han menester de sus ojos abiertos y de su alma serena. En Hugo y Juan Montalvo, la mirada siempre fue de águila y el alma profunda y soñadora, aun en medio de las más horrorosas tempestades. Y ese es, precisamente, uno de los puntos de contacto—quizá el más culminante—de esos dos grandes pensadores, que han pasado por la humanidad con fulgores de sol.

A pesar de esto, el altísimo poeta don

Gaspar Núñez de Arce, nos enseña de manera rotunda, que la América es incapaz de producir hombres que siquiera se parezcan a Cervantes. No quiero negar esta afirmación, con todo y que, a mi juicio, pone muy en duda el de su autor.

¿Cómo es eso, Señor? Acaso el genio tiene como la moneda de cada país, determinado molde? Pensais acaso que solo hay un vientre que concibe a los genios, y que ese vientre, único sobre la haz de la tierra, está en España, y que vosotros no le dejaréis retozar más allá de vuestras fronteras? ¿Cómo os explicais, entonces, a Jesús, a Bismarck, a Víctor Hugo, a Dante Alighieri, a Shakespeare, a Marconi.....?

El propio don Gaspar dice que la obra de Montalvo está escrita en un lenguaje puro, noble y dulce; y yo tengo para mí que el habla de Cervantes es el habla de los dioses, casualmente por eso: porque es noble, porque es pura y porque es dulce.

Ese egoísmo que, después de todo, es honra, es una reparación que ofreceis a vuestra hostilidad--casi estoy tentado a decir: a vuestra infamia--contra Cervantes.

Es también una rectificación de vuestros propios juicios con relación a don Quijote.

Del sandio me daríais y del mal entretenido, si al hablaros en este tono, no estuviera, para dar fuerza a mi discurso, el muy ilustre cervantista don Julio Cejador y Frauca, con su obra titulada: *Gramática de la Lengua Castellana, en el Ingenioso Hidalgo don Quijoté de la Mancha*, obra que fue premiada por el Ateneo de Madrid, en el Certamen público abierto con ocasión del tercer centenario de la publicación del Quijote.

Tended la oreja media vara, como diría Sancho Panza, y oid:

«Para algunos literatos de su tiempo, el Quijote era, como hijo de su autor, ingenio lego y plebeyo; para el público, un li-

bro que hacia horriblemente reír y que no se podía dejar de las manos; para editores y libreros, un par de tomos que se vendían como pan bendito. Los ingleses, entrado ya el siglo XVIII, abrieron los ojos a los españoles; los extranjeros le pusieron en las nubes, y nosotros ya no tenemos donde ponerle.”

¿Lo veis? Vosotros tuvisteis por Cervantes un desprecio profundo; y en aquella época, aciaga para el genio, habríais visto con regocijo, que el tal manco no tuviera ni pizca de español. Habeis rectificado, y es de sabios hacerlo. Pero no os pongais al otro extremo, que si ayer pecasteis de ingratos, ahora pecaríais de indiscretos.

Entre los escritores contemporáneos que dan timbre de honor a la Península, figura don Manuel de la Revilla, empeñándose en demostrar que Cervantes no sufrió de miserias ni desgracias, y que muy al revés,

vivió holgado y querido durante los mejores años de su vida.

No se yo hasta dónde puede estar holgado uno que no come, por lo menos, dos veces en el día; ni sabría decir cómo es querido un hombre que padece persecuciones inauditas hasta el grado de negársele el talento, hasta el grado de calumniársele con la nota de ladrón, para atajar sus vuelos y ensombrecer su fama. Nadie se atreva en el mundo a negar los infortunios de Cervantes: ellos son su más puro resplandor.

A este propósito escribe don Juan Moa- talvo, las siguientes frases lapidarias:

«¿No sabe don Manuel que no hay verdadera gloria sin desgracia y que el infortunio es el hoplita descubridor que les va abriendo el campo a los varones inclitos? El infortunio, sí, señor, el infortunio es el dragón que cuida las manzanas de oro en el jardín de las Hespérides; el que desea apoderarse de ellas a todo trance, ha de pelear

con ese mónstruo y vencerle en singular batalla; y puesto que le venza, no ha de salir sino chorreando sangre el cuerpo, el corazón herido, el alma ensayada al fuego.»

Don Manuel de la Revilla, ni siquiera ha sincerado a España negando las torturas que sufrió Cervantes; y no hay duda de que ese fue su principal y más buscado objeto al decir lo que dijo. Ni es preciso sincerar a la Madre Patria por su egoísmo e indolencia. Ella misma se ha sincerado desde hace mucho tiempo, dando preferente lugar en su regazo a aquel que lloró de hambre en esta vida y que ahora vive en la inmortalidad.

El lector me hará merced de perdonar una ligera digresión con respecto al *Quijote Apócrifo*, siquiera sea en obsequio a mi afición por los estudios cervantinos, tan menospreciados de nuestra juventud que acaso ignora la rica pedrería y el oro puro que hay en ellos.

No he leído, en efecto, hasta hoy, ningún ensayo alusivo a la obra de Cervantes por los intelectuales del país que, según entiendo, han sido ya coronados por la fama.

Y estoy por creer, Dios me perdone, que no por falta de talento, sino por su precaria ilustración, se guardan de abordar estos asuntos de tanta trascendencia, a mi juicio, para el desarrollo progresivo y fecundo de la literatura nacional. Estoy hablando, claro está, de nuestros jóvenes literatos, que de los viejos, conozco mejor que la doctrina, lo que, sobre el Ingenioso Hidalgo, ha escrito, con rara sabiduría, el eminente Director de nuestra Biblioteca Nacional (*), que, en punto de bucear es consumado. Decía, pues, que muchos escritores, y no flojos, tanto de la época de Cervantes como de la nuestra, se han echado como fieras sobre el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, seudónimo bajo el cual ha vi-

(*) Don Francisco Gavidia.

vido oculto, hasta la hora, el verdadero autor de la segunda parte del Quijote, que vió la luz después de la primera que escribió Cervantes y dió ocasión para que éste apechugase con el legítimo final de la obra.

Y el mismísimo don Juan Montalvo profiere, en EL BUSCAPIE, estas crueles palabras, en contra del dicho Licenciado Avellaneda:

«En mala hora el triste Avellaneda fue a tomarle en el camino a D. Quijote, y le llevó a las justas de Zaragoza, cumpliendo con el programa de Cervantes; si esto no sucede, el caballero andante, en manos de su legítimo conductor, va allá y en Teatro más adecuado para su índole y su profesión, sigue desarrollando su gran carácter de paladín esforzado e invencible caballero. Allí, en la estacada, su gentil persona está como en su centro; a las justas de Zaragoza concurren, suponemos, Beltrán Dugueselin, Pierre de Bricemont, Miser Jaques de Lallain, el señor de Bouropag, Juan de Merlo,

D. Fernando Guevara, Suero de Quiñónez y otros muchos aventureros de las naciones caballerescas. D. Quijote de la Mancha se afirma sobre los estribos, requiere su buena lanza, y ora venid juntos, ora venid solos, da sobre ellos, andando tan brioso y activo Rocinante, que no parece sino que le han nacido alas a posta para esa aventura. Concluída la batalla, las princesas y señoras de alta guisa, que están en sus tablados de colgaduras de terciopelo, baten palmas exclamando: ¡Honra y prez a la flor y nata de los andantes caballeros! Bienvenido sea a estos Reinos el desfacedor de agravios, enderezador de entuertos, sombra y arrimo de doncellas menesterosas.....I luego oye,el vencedor, un suspiro largo y apasionado y se encuentran los suyos con unos ojos negros que le están devorando, y viene una dueña y a furto le dice: «Señor don Quijote, lléguese a ese Palacio, si es servido, que mi Señora, la Princesa Linda-

brides, quisiera comunicar con su gallardía cuatro razones.....Pero no, nada de esto que es tan propio de don Quijote; sino que ¡el miserable Avellaneda, le coge y le hace dar de azotes en la cárcel! ¡Azotes a don Quijote de la Mancha, el carácter más elevado, el loco mas respetable por la virtud, el más honesto y digno de cuantos son los hombres! Ese don Quijote preso, con sentencia de azotes sobre sí, la pena de los infames ¿para qué sirve ya? Después de los azotes, Jesús mismo no tiene sino morir: ni desdicha, ni vilipendio, ni dolor como ése en el mundo: el que los lleva cúrese con la muerte del género humano, o sucumba: el sepulcro únicamente puede serle disculpa a la opinión de los hombres. Me acomodaron con ciento, decían los ladrones descarados, cuando se usaba ese horrible castigo..... ¡Y la pena de los rufianes, los alcahuetes y los pillos, al dechado del pun-donor y la hidalguía, a don Quijote de la

Mancha! Si un vecino compasivo no le salva, azotan a don Quijote, y el menguado Avellaneda está triunfante.»

Después de tal vehemencia no es posible abogar en favor de Avellaneda. Sin duda el Licenciado anduvo torpe en la elección de esta aventura; pero no se diga que su libro está corto de garbo y gentileza, ni mucho menos que el Quijote de este autor es cuasi un rebuzno.

Semejante apreciación es injusta.

El Quijote de Avellaneda, es brillante engarzado en el oro de los más altos quilates; es obra que glorifica al clasicismo castellano, y no es para que de ella se hable como de un libro infeliz.

Don Francisco Rodríguez Marín, autor esclarecido de *Nuevos documentos cervantinos*, dice, a propósito del autor tordesillesco y con motivo del libro de Baig-Baños, titulado: *Ensayo sobre la estructura espiritual del falso Quijote*, que, con res-

pecto a la tan debatida personalidad de Avellaneda, ninguno ha dado una sentencia que tenga autoridad de cosa juzgada, y «que la cuestión seguirá entregada, como el mundo, a las disputas de los hombres, hasta que una dichosa casualidad ò el perseverante trabajo de algún investigador, saque de las tinieblas de tal o cual polvoriento archivo, a la clara luz del día, un documento fehaciente que declare, con sencillez y laconismo, cómo se llamaba el autor de ese malhadado libro que desveló a Cervantes y trae sin sueño, tres siglos después de dado a la estampa, a los Cervantistas de ambos mundos.»

Ya se ve pues, cómo las calza el libro difamado por todos y por todos enaltecido, pues a pesar del vilipendio con que muchos le sacuden, sigue a través del tiempo, interesando ardientemente a los estudiosos de toda la tierra.

Bonitos son ellos para desvelarse ni una

hora, si el Quijote de Avellaneda fuera lo que se dice y no lo que es.

Por otra parte el Diccionario de Autoridades, dice Baig—Baños—*ha incluido la obra de Avellaneda en el grupo de las selectas, declarándola digna de figurar entre las que produjo el siglo de oro de la literatura española.*

La apasionada y sincera devoción por Cervantes Saavedra, ha vuelto miopes a algunos escritores que cogieron a Avellaneda de tal suerte, que lo hubiera pasado mejor don Quijote, con todo y los azotes que pusieron endemoniado a Juan Montalvo.

Y acusar al autor de mala fé contra Cervantes, me parece aun más peregrino, tanto porque esa mala fé no está probada, como porque, después de todo, no se sabe a punto fijo, quién fue el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, aunque el muy eximio don Marcelino Menéndez y Pelayo nos quiera meter en el magin su ingeniosa

teoría de *Alonso Lamberto*, nombre sacado de las primeras palabras con que la obra empieza: *el sabio Alisolán, historiador no.....*

No es ocasión ésta de reproducir íntegro el hallazgo de Menéndez y Pelayo, pues sería poner en tela de juicio la cultura literaria del lector que debe estar enterado del asunto.

Además, es evidente que si mala fe hubiera habido en Avellaneda, sería preciso, indispensable y lógico, que la obra fuera mala, y, sobre todo, achacada a Cervantes. Pero nada de esto ha sucedido; nadie ha pensado nunca en que la firma ni la escritura de Cervantes, pudieran haber sido falsificadas para arrimarse a su fama o para amenguarla, y en tal guisa es injusta la acusación contra el Licenciado Avellaneda.

Y menos razón que tienen los detractores del émulo de Cervantes para decirle peyerías, cuando Tamayo de Vargas escribió

que Avellaneda sacó, con desigual gracia, de la primera, la segunda parte del Quijote.

Volviendo a los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, tema obligado de este humilde estudio, ved como trae al cepillo Juan Montalvo, el habla castellana, y cómo se desgajan los frutos de su ingenio con la misma blandura que en Cervantes:

«Dulcinea no puede dejar de llevar su nombre; ni hay otro más suave, meliflúo, almibarado que el suyo. La que se llama Dulcinea ¿puede aspirar a otra cosa? Carmesina, Briolanja, Florisbella, Doralice, ni la linda Magalona, ¿cuál se atreve a pronunciar su nombre al lado de Dulcinea? ¿No sientes que este divino vocablo se te pega en los labios como una hebra del pánal hibleo? Di Dulcinea sin que la lengua se te quede olorosa, blancos los dientes, rojos los labios, cual si por ellos pasase el amor en forma de celeste llama? Música, pintu-

ra, poesía ¿qué no hay en Dulcinea? Si el amor perteneciera al sexo femenino, se llamara Dulcinea, si las flores supieran su negocio, fueran Dulcineas. ¿Y quieres trocármelo por Ximena a estas horas, hereje?»

Don Quijote de la Mancha sigue siendo, en el libro de Montalvo, el mismo enamorado, intransigente, si se trata de elevar a su dama por sobre el nivel de todas las mujeres.

Si ante ella, cae de hinojos puesto el corazón en los labios para ofrecerlo todo, así lo desgarre cruel, o piadosa le depare un sacrario en el alma; si lejos, allá discurren sus pensamientos como lágrimas a lo largo de un rostro doloroso, ó manojos de rosas multicromas mojadas de rocío.

Es el mismo don Quijote de la Mancha cuyos arrestos son famosos en la redondez del globo; y ha seguido su ruta, íntegro el ánimo y la virtud sin mácula.

La ternura de don Quijote por la sin par

Dulcinea del Toboso, solo es comparable con la tristeza infinita que el desvío de su amada le ocasiona. Ningún amante sufrió tantos rigores, ni exhaló tantas quejas, ni arrulló tantas ilusiones, como este caballero de la Triste Figura que, sobre el lomo de Rocinante, lo mismo parecía el espectro del Hambre cabalgando sobre una Pobreza aullante, como la encarnación de la humanidad arrastrada por sus propias miserias; si bien es cierto que, por encima de aquel grupo lastimero, revoloteaba el ideal como un Espíritu Santo.

«Oh Princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón, mucho agrauio me auedes fecho en despedirme, y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Ple-gaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón que tantas cuylas por vuestro amor padece.»

Caballero don Quijote: la excelencia de

tu espíritu atormentado por un ensueño irrealizable, se difunde entre el género humano, con inmenso resplandor. En cada hombre hay una chispa de tu hoguera; y unos toscanente, y otros con ternuras infinitas, vivimos de rodillas ante la mujer, porque de ella nacimos, por ella padecemos y en ella regamos la simiente de la vida por venir.

Benditas sean tus divinas enseñanzas ¡oh señor don Quijote!...padre de los afligidos, arrimo de los desamparados, azote de los truhanes.....Si Dios fuera servido de otorgarte licencia para volver a la tierra, tu invencible espada no se daría punto de reposo, repartiendo tajos y mandobles, entre toda esta canalla que nos abruma con su peso de plomo! Mas de prisa volverías a tu sepulcro viendo horrorizado que en este siglo de las luces, la generosidad y la hidalguía, el arrojo y el desprendimiento, la gratitud y la lealtad, se fueron del mundo a la

grupa de Rocinante para no quedarse solos sin su gentil caballero.....

Los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*; constituyen, a mi juicio, un dechado por su donosura y sentimiento. El estilo caballeresco y un si es no es arcaico que se apropia Juan Montalvo y del cual está impregnado el Quijote, no permiten hacerle ni un reproche.

La imitación del testamento del Cid Rui Diaz a doña Jimena, en el testamento de don Alonso Quijano el Bueno, no deja nada que desear. Versos que surgen delicados del alma del artista, dan idea perfecta de la figura espiritual de don Quijote, que pisando el dintel de lo desconocido, arroja a la vida sus últimos pensares, como un astro que se pone, arroja al mundo sus últimos fulgores.

Rocío serán sus lágrimas
que mis lauros humedezcan;

las compradas poco valen,
yo ambiciono las sinceras.

Del amor el pecho es nido,
el dolor en él se sienta:
la que ama, la que padece,
desde el corazón las echa.

Y las que surgen a impulsos
desa celestial dolencia,
alivian a quien las vierte,
a quien las causa, consuelan.

Para un amante es muy grato
que su adorada padezca,
si su amable pesadumbre
esperanza, dicha encierran.

Esas lágrimas que inundan
a la que en mi se desvela,
para mi son un trofeo,
me subyugan y me alegran.

Las hay, empero, que nunca
las congojas aligeran;
el amor llorando crece,
llorando el amor se aumenta.

Llorar a tanto por lágrima,
eso es vender la conciencia:
ni se compran ni se venden
nuestras afecciones tiernas.

¿Para las cosas del alma
precio alguno hay en la tierra?
llorar de amor es muy dulce:
llore, llore, Dulcinea.....

.....
Quienquiera que sea medianamente culto
en achaques literarios lea los *Capítulos que
se le olvidaron a Cervantes*, y allí diltará
su pensamiento como ante los espacios in-
finitos. Mas aquellos que ignoran lo que
es bueno, estudien con tesón y con fé, por-
que no hay cumbre donde nuestras plantas
no puedan dejar huella.

SF ES860
Q5r

I.-045221

Quesada, Ramón.

Recuerdos de Montalvo.